

1

EL SEPULCRO DE KASUBI

1

En 1966 pasé entre ocho y nueve meses en África Oriental. Un mes en Tanzania; unas seis semanas en la altiplanicie de Kenia; el resto del tiempo en Uganda. Años más tarde incluso utilicé una versión de Uganda para un relato, algo que únicamente puedes hacer cuando crees tener una idea imparcial de un sitio, o una idea acorde con tus necesidades. Volví a Uganda cuarenta y dos años después de aquella primera visita. Esperaba dar comienzo allí a este libro sobre la naturaleza de las creencias de África y pensaba que sería mejor adentrarme sin prisas en mi tema en un país que conocía o que medio conocía. Pero me di cuenta de que el país se me escapaba de las manos.

Había ido a Uganda en 1966, en calidad de escritor residente, a la universidad de Makerere, de Kampala, la capital. Vivía en una casita gris de una planta en el campus, que era espacioso y abierto y estaba bien cuidado, con calles asfaltadas y bordillos y vigilantes a la entrada enrejada. Mi asignación (que concedía una fundación estadounidense) me daba para chófer y cocinero. Mis obligaciones no estaban muy definidas, y vivía más o menos retirado, absorto en un libro que me había llevado, en el que trabajaba a diario con ahínco, y prestaba menos atención de la debida a África y a los estudiantes de Makerere. Cuando quería descansar un poco del libro y el

campus iba en coche hasta Entebbe, a unos veinticinco kilómetros, donde estaba el aeropuerto y donde, a la orilla del lago Victoria, grandioso, el mayor de África, también había un Jardín Botánico (como en otras ciudades coloniales británicas) por el que daba gusto pasear. En ocasiones algunas partes del jardín quedaban anegadas por el agua del lago Victoria que se filtraba (recordatorio de la naturaleza salvaje que nos rodeaba, pero de la que estábamos protegidos).

El viaje de Kampala a Entebbe era un paseo por el campo; en parte por eso resultaba tan apacible en 1966. Había cambiado. Mientras aterrizaba el avión, desde el aire se veía cómo había crecido Entebbe, con algo más que unos cuantos poblados o aldeas desparramados por la tierra verde y húmeda bajo las cargadas nubes grises de la estación de las lluvias, y se comprendía que lo que en su momento había sido monte en una zona sin importancia de una pequeña colonia se había transformado en valioso terreno edificable. Los brillantes techos de chapa ondulada nuevos daban la sensación de que a pesar del terrible pasado reciente, cuarenta de los peores años de África —la guerra y las pequeñas guerras tras una sangrienta tiranía—, allá abajo podía haber un auténtico frenesí por el dinero.

El viaje hasta la capital ya no era un paseo por el campo. Una vez pasados los antiguos edificios administrativos y residenciales de la Entebbe colonial, que habían logrado resistir (los tejados rojos de chapa ondulada y los entarimados de los aleros pintados de blanco aún en buen estado), te topabas con una zona improvisadamente semiurbanizada, de aspecto endeble, donde muchos de los edificios que se habían levantado (tiendas de comestibles, pisos, garajes) parecían a la espera de ser derruidos y mientras tanto eran luminosos y repetitivos, con anuncios de telefonía móvil en las paredes pintadas.

Así seguía durante todo el trayecto hasta la capital. En ningún tramo se tenía una vista de la ciudad y de las verdes colinas por las que Kampala era famosa años atrás. Todas las colinas estaban edificadas, y muchos de los espacios entre ellas, las hondonadas, parecían pavimentados con la vieja chapa

ondulada de las viviendas pobres. Pero con todas aquellas viviendas habían llegado el dinero y los coches, y, para quienes no tenían dinero, las *boda-bodas*, bicicletas y motocicletas que por una pequeña cantidad ofrecían una rápida carrera en el asiento trasero por entre los atascos de tráfico, carreras que en la época colonial podrían haber estado prohibidas. Las carreteras no podían con tanto tráfico; incluso en esa estación de lluvias estaban polvorientas, con el asfalto consumido hasta la fértil tierra roja de Uganda. No reconocí aquella Kampala, e incluso en aquella primera etapa me pareció un sitio donde se había producido un desastre.

Más adelante me enteré de los datos de población. Lo decían todo. En 1966 había unos cinco millones de habitantes en Uganda. Actualmente —a pesar del mandato, entre 1971 y 1979, de Idi Amín (quien, según se contaba, había matado a ciento cincuenta mil personas) y el gobierno no muy diferente, entre 1981 y 1985, del sanguinario Milton Obote, a quien le gustaba peinarse con un alto tupé que le subía desde la raya, una versión del estilo conocido en el país como inglés, a pesar de esa pareja y de todas las guerras posteriores, que continuaban al cabo de cuarenta años (según se decía, con un millón y medio de desplazados en el norte), y a pesar de la epidemia de sida—, Uganda tenía entre treinta y treinta y cuatro millones de habitantes. Como si, en contra de la lógica, la naturaleza deseara superarse a sí misma, compensar la sangre que había perdido Uganda, y no quisiera que desaparecieran el pequeño país y su gran sufrimiento.

En la cima de cada colina había una mezquita o una iglesia, y destacados edificios eclesiásticos por todas partes. Estaban representadas todas las confesiones religiosas. Y en las zonas más pobres, excesivamente edificadas, había construcciones más sencillas de los cristianos «renacidos», en ocasiones con letreros y nombres increíbles, como si allí la religión fuera un negocio que cubría una agobiante necesidad consumista a todos los niveles. Había mezquitas diversas, rivales: suníes, chíes, ismaelíes; la comunidad ismaelí, considerada herética

por algunos, tenía gran poder en África Oriental. Incluso había una mezquita y una escuela de la secta ahmadí, que honra a un profeta del islam del siglo XIX nacido en India y que no todos los musulmanes aceptan. Para colmo, a los pocos días iba a llegar el hermano líder Gadafi, con su ropa estilosa y sus célebres mujeres guardaespaldas (además de sus doscientos guardias de seguridad, todos hombres), para inaugurar una mezquita libia en una prominente colina de la antigua Kampala. En la zona comercial de la ciudad había dos templos indios de piedra bastante nuevos cerca de los negocios de los indios. Habían invitado a los indios a volver tras haber sido expulsados por Amín, y a su regreso los habían recibido con cierta ambigüedad: un periódico local se planteaba si los habían compensado doblemente y pedía comentarios al respecto a los lectores. De modo que las banderas rojas ondeaban en los templos de piedra, anunciando que los templos funcionaban.

Hasta la cuarta década del siglo XIX Uganda había estado aislada, viviendo ensimismada. Después llegaron del este los mercaderes árabes. Querían esclavos y marfil; a cambio regalaban rifles de mala calidad y lo que en realidad eran juguetes. El kabaka Sunna, conocido por su gran crueldad, recibió bien a los árabes. Le gustaban sus juguetes. Sobre todo le gustaban los espejos; nunca se había visto la cara y no se lo podía creer. Fue el hijo y sucesor de Sunna, Mutesa, quien entre 1861 y 1862 conoció, agasajó y dejó frustrado durante varios meses al explorador John Hanning Speke, quien se quedó a pocos días de descubrir el nacimiento del Nilo.

Mutesa solo tenía veinticinco años y era casi tan cruel como su padre, pero también un hombre abierto, intuitivo e inteligente. Le gustaban los rifles que le dio Speke; le gustaban la brújula y los demás instrumentos que veía usar a Speke. Pero los baganda de Mutesa, con su don para la organización social, su disciplina militar y su complejo ritual cortesano, desarrollados durante siglos, tenían una civilización propia. Construían carreteras tan rectas como las calzadas romanas; tenían

un alto concepto de la higiene; tenían una flota en el lago Victoria, con su almirante y sus propias técnicas navales, y podían invadir Busoga desde la otra orilla del Nilo. Trabajaban el hierro y fabricaban cuchillos y lanzas; sabían confeccionar tejido con la corteza de los árboles y eran grandes constructores de casas de paja, con techos impecables, como recortados por un sastre londinense, pensaba Speke. Sabedor de que su pueblo podía hacer todas esas cosas, Mutesa llegó a la prodigiosa conclusión de que la verdadera diferencia entre Speke, tan cristiano y tan victoriano, siempre dispuesto a predicar a los paganos, y él era de carácter filosófico y religioso. Mutesa se volvió contra el islam, que había abrazado parcialmente; empezó a decir que los árabes eran unos embusteros, y trece años más tarde, cuando conoció al explorador H. M. Stanley, le pidió ayuda para que fueran a Uganda misioneros ingleses.

El fruto de aquella decisión tomada hace ciento treinta años podía verse actualmente en Kampala. A juzgar por los edificios eclesiásticos rivales en las cumbres de las colinas, la religión extranjera era como provocar una enfermedad contagiosa, que no curaba nada, que no daba respuestas definitivas, que desquiciaba a todo el mundo, que libraba las batallas indebidas, que estrechaba las mentes. Y cabía plantearse si el propio Mutesa, si hubiera podido regresar, no habría pensado que había cometido un error, y si África, dejada a su suerte en ese asunto, podría haber llegado a una síntesis propia y más valiosa de lo antiguo y lo nuevo.

¿Por qué habían causado tales estragos las religiones extranjeras reveladas en las creencias africanas? Esas religiones extranjeras tenían una teología complicada; no me parecía que hubiera resultado fácil, empezando desde cero, transmitírsela a los de aquí. Le pregunté al príncipe Kasim. Era descendiente directo de Mutesa, pero por la rama islámica, una división familiar que reflejaba la temprana conversión de Mutesa al islam, si bien a medias. El príncipe dijo que yo estaba equivocado. Tanto el cristianismo como el islam habían atraído a los africanos por una sencilla razón: ambos ofrecían una

vida eterna, daban una visión a la gente de una vida después de la muerte. Por otro lado, la religión africana era más etérea, al ofrecer únicamente el mundo de los espíritus y de los antepasados.

## 2

Pensé que debía buscar mi antigua casita. Había plantado un tulipero en el jardín (que había comprado en el Botánico de Entebbe), y por entonces me rondaba la idea de que por uno u otro motivo volvería algún día a Kampala y que me gustaría ver cómo iba el árbol. Pero el campus de Makerere estaba irrecognocible. Me dio la sensación de que había pasado a formar parte de la ciudad abarrotada y polvorienta. Una carta publicada en el periódico local que decía que habían derribado las vallas de la universidad y no las habían repuesto parecía confirmar mi impresión. Pero después me enteré por un profesor de que, a pesar de los altibajos de la historia del lugar (un vicerrector asesinado en la época de Idi Amín y varios cargos importantes encarcelados y apaleados), seguían intactos ciertos datos, los del alojamiento del personal entre otros. En ellos constaba que en 1966 yo había vivido en el número 80 de Kasubi View.

El nombre de la calle me sonaba, pero no estaba seguro del número, y cuando me llevaron a la casa, que era una pura ruina, tuve la sensación de no haber vivido nunca en ella. Creo que quizá la hubieran elegido para mí porque hacía poco habían talado un árbol grande en el jardín y el tocón seguía allí. Me llevaron a ver el tocón, pero yo no sabía cómo podía ser un tocón de tulipero, ni tampoco lo sabía nadie de mi grupo. Pero el escenario estaba al revés. Mi recuerdo de la casa y el jardín era un recuerdo de holgura. Aquello era oscuro y cerrado. El terreno descendía por un lado, y en esa pendiente del terreno había una morrena de basura.

En Makerere había problemas con la basura; no parecía que la recogieran regularmente. Por los transitados senderos o ca-